

Felipe Alfau

LOCOS

Una comedia de gestos

Epílogo de Mary McCarthy

Traducción de Javier Fernández de Castro

◀ BackList

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Locos. A Comedy of Gestures*

© Felipe Alfau, 1988

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para España y propiedad de la traducción:

© Editorial Seix Barral, S. A., 1990

© Editorial Planeta, S. A., 2008

BackList, Barcelona, 2008

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2008

Depósito Legal: M. 48.276-2008

ISBN 978-84-08-08342-9

Preimpresión: Foinsa Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Brosmac, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Prólogo

Esta... novela está escrita en forma de narraciones cortas para facilitar la tarea del lector. De esta manera, el lector no tiene que empezar el libro a continuación de una portada determinada y acabarlo en algún punto cercano a la portada opuesta. Siendo cada capítulo en sí mismo una historia completa, el lector puede tomar el libro y empezarlo por el final y acabarlo por el principio, o puede empezarlo y terminarlo por la mitad, de acuerdo con su humor. En otras palabras, puede leerlo de cualquier modo excepto, quizá, cabeza abajo.

Sin embargo, en beneficio de aquellos en quienes el hábito de lectura tradicional está fuertemente arraigado y resulta difícil de erradicar, las páginas han sido numeradas con toda claridad y las historias con menos claridad en un orden tradicional que mi amigo, el doctor José de los Ríos, y yo hemos encontrado por alguna razón adecuado.

Aparte de ese apaño superficial, no soy enteramente responsable de la perpetración de esta novela; creo que los personajes utilizados en ella son mucho más responsables que yo.

Desde hace algún tiempo vengo advirtiendo, cada vez con mayor claridad, la tendencia que tienen los personajes a hacerse independientes, a rebelarse contra la volun-

ocurra. En ocasiones, el lector descubrirá que un personaje principal aparece en una luz penumbrosa altamente inadecuada y, en ocasiones, puede desvanecerse por completo. En otras circunstancias, un personaje aparentemente oscuro puede adquirir una decisiva importancia y comportarse casi con la resolución de un héroe de primera fila. A veces, las tramas del libro pueden romperse súbitamente y quedar colgando flácidamente de las puntas de mis dedos sobre un abismo de futilidad; y otras veces, se unen, se tensan y se enroscan en torno a mis indefensas muñecas con una suerte de fatal e inevitable finalidad.

Uno debe tener en cuenta que esos individuos están creando su propia vida y sus costumbres, siendo todavía novicios en el juego. En otras palabras, se espera del lector que tome asiento y presencie esta procesión de gentes extrañas y distorsionados fenómenos, sin ni siquiera una mirada crítica. Buscar algo más, o tomarse en serio a esta banda de irresponsables marionetas y la inconsecuencia del autor no sería aconsejable, pues haciendo esto e imaginando cosas que podrían conducir por sí mismas a una mala interpretación, el lector sólo descubriría, bajo una más o menos divertida comedia de gestos sin sentido, los aspectos vulgares de una tragedia corriente.

Nueva York, 1928

tad y las órdenes de su creador, a jugar con él arrastrándose por un insospechado y grotesco camino que sólo les pertenece a ellos y que muchas veces es diametralmente opuesto al que el autor les ha planeado. Esa tendencia es tan marcada en mis personajes que dificulta mucho mi trabajo y me pone en muchos apuros.

El espíritu rebelde de esos individuos se manifiesta en la forma de un intenso deseo de convertirse en seres reales. Muchas veces entran a saco en personas que he conocido y asumen las actitudes más extraordinarias, de acuerdo con lo que ellos toman por la vida real. Asumen eso que en las personas se llama una pose y muchas veces han acabado en lo que para mí era una prometedora amistad. La realidad es para ellos lo que la ficción es para la gente real; sencillamente la adoran y tratan de alcanzarla contra mi casi heroica oposición. Como dice uno de ellos:

«Los personajes tienen visiones de la vida real... sueñan realidad y luego se pierden.»

Yo debería añadir: se pierde el autor.

Incluso mientras escribo este prólogo caigo en la cuenta de cuán cierto es, pues no logro identificarme con el autor oficial y único de este libro, quien, una vez, en la loca y fantástica ciudad de Toledo, entró un día en compañía de su amigo, el doctor José de los Ríos, en el Café de los Locos, donde presencié cosas y vi gentes que en su imaginación juguetona adquirieron la forma de este libro; quien, con la típica falta de conciencia de un autor, aconsejó a un conocido de allí cambiar su insignificante aunque real vida en este mundo por su todavía menos signifi-

cante y en absoluto real existencia en las presentes páginas, quien, al final de un capítulo, abrió una ventana y dejó entrar la vida real para acabar con la vida pomposa y ficticia de un personaje que fue su amigo de la infancia, y quien, en persistente confabulación con los personajes hallados en aquel café de Toledo, es el abstracto, pero aun así real, perpetrador de este experimento.

El resultado de todo ello es un puñado de personajes contradictorios, inconsecuentes como su autor y exactamente igual de torpes que él. Como su personalidad es algo evanescente e inestable, y que perdura en el mejor de los casos lo que el libro tiene de largo, han perdido el respeto por ella y la cambian a voluntad, toda vez que tienen la vaga idea de que la vida es brusca e imprevisible.

Su conocimiento de la realidad es vago e impreciso. A veces le he atribuido a un personaje el papel de hermano o de hijo, y a mitad de la historia se pone a hacerle el amor a su hermana o a su madre, porque él tiene entendido que los hombres ocasionalmente les hacen el amor a las mujeres. Otro personaje aparece de niño en una situación que tiene lugar cuando debería ser un hombre adulto, porque él atribuye su persistente fracaso en comprender la situación a la inmadurez típica de la infancia. Asimismo, otro personaje que tiene el papel de una gallina se pone a ladrar a mitad de su intervención porque ha visto un perro que a ella le gusta. Para esa gente no existen el tiempo y el espacio, cosa que naturalmente arruina por completo mi obra.

Al final del libro los personajes ya no son el instrumento de mi expresión, sino que yo soy el indefenso instrumento de sus antojos y de sus absurdos contratiempos.

Cuando pienso en ello me vuelvo al final de este volumen y me encuentro a mí mismo diciendo:

«... cada uno de mis miembros actuaba independientemente de mi voluntad...».

¿Qué mejor ejemplo de mi desesperada condición?

En suma, mis personajes se han tomado en serio el dicho de que «la verdad es más extraña que la ficción», y he fracasado en mi intento de convencerles de lo contrario.

Y ahora quiero manifestar mi gratitud en especial al doctor José de los Ríos por su asidua cooperación y sus oportunos consejos, y por haber ayudado de forma tan pertinente con el manuscrito de mi amigo García titulado *Estudiantes*, y quiero asimismo agradecer su anárquica colaboración a mis personajes en general, que en algunas ocasiones se han comportado con desdeñosa obediencia a mi voluntad, pero que en general han seguido su propio camino haciendo cosas, lamento decirlo, mucho mejor de lo que yo hubiera podido obligarles a hacer.

Después de lo cual, y teniendo en cuenta que la acción de este libro transcurre fundamentalmente en España, una tierra en la que ni el pensamiento ni la palabra, sino la acción con un sentido —el gesto— se ha convertido en la especialidad nacional, debo rogar al lector que no espere nada más que eso, que en este caso, y debido a la poco fiable naturaleza de mis personajes y de mí mismo, no implica el menor significado sino únicamente situaciones vacías.

En contraste, y como reproche tácito a tan poco cortés animación de personajes, el lector debería ejercer una cierta compostura y en ninguna circunstancia dar muestras de la más mínima sorpresa ante cualquier cosa que